

Santiago Cañardo

¿NECESITA DIOS DE UN HOMBRE  
PARA PERDONARME?

*La penitencia,  
un sacramento contestado  
(90 preguntas sobre la confesión)*

5<sup>a</sup> EDICIÓN

Desclée De Brouwer

## Í N D I C E

1 A MODO DE ACLARACIÓN PREVIA: ¿HAY ALGUIEN A QUIEN LE INTERESE HOY EL TEMA DE LA CONFESIÓN? . . . . .	9
2 ¿ES VERDAD QUE DIOS ME PERDONA? . . . . .	15
3 ¿POR QUÉ QUIERE DIOS LA CONFESIÓN DE MIS PECADOS PARA PERDONARME? . . . . .	27
4 ¿CÓMO QUIERE DIOS QUE EL SACERDOTE EJERZA EL PODER DE PERDONAR LOS PECADOS? . . . . .	49
5 ¿QUÉ ES EL PECADO? ¿DE QUÉ HE DE PEDIR PERDÓN A DIOS? . . . . .	63
6 ¿CÓMO HACER UNA BUENA CONFESIÓN O CÓMO CELEBRAR BIEN EL PERDÓN DE LOS PECADOS? . . . . .	95
7 A MODO DE CONCLUSIÓN: SI LAS COSAS SON ASÍ DE CLARAS, ¿POR QUÉ PERSISTEN LAS DIFICULTADES? . . .	105

## I

### A MODO DE ACLARACIÓN PREVIA: ¿HAY ALGUIEN A QUIEN LE INTERESE HOY EL TEMA DE LA CONFESIÓN?

La cuestión que vamos a abordar parece que no interesa a casi nadie. Hoy, la mayoría de las personas, incluso de quienes se dicen creyentes en Dios, “pasa” del tema de la confesión de los pecados. Como tantas otras cuestiones religiosas, a muchos les parece algo propio del pasado, de mentes retrasadas y reprimidas, e incompatible con una mentalidad moderna y libre.

Sin embargo, la pregunta, a la que trataremos de responder a lo largo de estas páginas, no se refiere a un asunto marginal para la vida del hombre. Todos sabemos que existen en nuestras vidas muchas cosas que no funcionan bien. En muchas ocasiones nos damos cuenta de que actuamos mal: no somos fieles a una palabra dada; no correspondemos a un amor o una amistad recibida, como deberíamos hacerlo; somos ingratos; tenemos mal genio y nos dejamos llevar por la ira en muchas ocasiones; somos insensibles a las necesidades de otros;... Para qué seguir; cada uno podría añadir un largo etcétera en esos puntos suspensivos, enumerando multitud de situaciones humanas que manifiestan la incoherencia de nuestras vidas.

Las malas actuaciones se van acumulando en el transcurso de nuestro existir. De poco nos sirve ignorarlas, porque siguen estando ahí. Cuando adquirimos conciencia de ellas, o cuando otros nos las imputan, suelen convertirse en una carga que nos agobia y nos quita la paz. La pregunta que surge entonces es la siguiente: ¿Existe alguien que me

## ¿NECESITA DIOS DE UN HOMBRE PARA PERDONARME?

pueda ayudar a salir adelante? ¿Existe alguna posibilidad de que mi vida progrese por la senda del bien, o estoy condenado a vivir siempre igual, metido en la mediocridad de mis comportamientos? ¿Dónde puedo encontrar la comprensión, el estímulo y, sobre todo, el perdón que necesito?

Estamos ante necesidades humanas que todos sentimos, o que, al menos, deberíamos sentir. Por eso, cualquiera valora como un inmenso tesoro el tener alguien de confianza, en quien poder desahogar nuestro agobio: un amigo íntimo, alguien que nos escuche y nos comprenda. Sin embargo, ¡qué difícil es encontrarlo! De ahí que muchas personas estén dispuestas a buscar incluso a un profesional *de pago* para que ejerza esa labor. Las consultas de los psicólogos y de los orientadores están hoy llenas de personas que precisan su ayuda.

10 Sin embargo, nuestra necesidad va más lejos. Evidentemente, en el proceso para la superación de aquéllo que no va bien en nuestra vida están implicadas dimensiones psicológicas, filosóficas, sociológicas y de otras índoles, pero no son suficientes. Tarde o temprano, descubriremos que éstas no representan las claves finales. Nuestro corazón busca algo más. No nos basta una mera petición de ayuda y de perdón entre hombres, aunque sean importantes. Ahí surge la pregunta religiosa; nos adentramos en el terreno referido a la relación de cada uno de nosotros con Dios y, lo que es más importante, de Dios con nosotros. ¿Dónde puedo encontrar un Dios que me ayude, me comprenda y me perdone? ¿Cómo me perdona Dios? ¿Cómo puedo estar seguro de su perdón? ¿Existen condiciones para ese perdón o Dios me perdona gratis?

Si te inquieta el mal que, aun sin quererlo, haces y el bien que, aunque deseándolo, dejas de hacer, y crees que la principal ayuda en este campo puede venirte de ese ser mis-

terioso al que llamamos Dios, entonces aquí te ofrecemos algunas pistas para que encuentres lo que buscas.

Lo primero que te interesará saber es lo que el mismo Dios nos ha dicho sobre este tema, si es que ha dicho algo. Los hombres podemos adentrarnos en el interior de cada persona, para averiguar las claves íntimas de sus comportamientos y, desde ahí, ofrecer soluciones basadas en nuestros conocimientos, o en nuestra experiencia. En esto consiste la labor, por ejemplo, de un psicólogo. Sin embargo, su acción siempre resultará limitada porque, sencillamente, proviene de un ser limitado, como es cualquier hombre por muy sabio o entendido que sea. La acción del hombre, de cualquier hombre, nunca nos libera de la raíz última de la que nace ese mal que queremos eliminar, ni tampoco nos da la razón última por la que nuestra vida deba y pueda cambiar. Eso sólo nos lo otorga aquél que, por puro amor, me ha creado de la nada, dándome la vida; aquél que, también por puro amor y sin que yo me dé cuenta, me la sostiene a cada instante, otorgándome todo lo necesario para vivir; aquél que, finalmente, me espera más allá del límite infranqueable de la muerte, para mostrarme que la vida no es un viaje sin destino o una aventura absurda, sino el camino que conduce a la Vida con mayúscula, al triunfo definitivo de todo aquello que, por ser bueno, merece la pena ser vivido. A este ser lo llamamos Dios. Sólo Él puede perdonar del todo, anulando las raíces del mal y también sus consecuencias, porque perdonar de verdad supone devolver la vida a quien la ha perdido, y eso sólo lo puede hacer quien ha creado la vida. Sólo el Dios que crea puede recrear o resucitar a quien se encuentra como un muerto a causa de su pecado.

Este personaje del que estamos hablando, en el que nos movemos y existimos, no es un ser anónimo o impersonal, ni una creación nuestra, fruto de nuestros deseos. Es un Dios

que se ha dado a conocer en una maravillosa historia de amor hacia los hombres. Nos ha manifestado su nombre y su voluntad; nos ha tendido la mano, para levantarnos de todo aquello que nos hunde; nos ha ofrecido gratuitamente su perdón y su paz. Todo eso lo ha hecho, sencillamente, porque nos ama. Éste es el Dios que ha aparecido en una persona de carne y hueso, que anduvo por los caminos de Palestina hace dos mil años; se llamaba Jesús de Nazaret. Hoy, tras morir y resucitar, está vivo para hacer lo mismo que hacía en su existencia mortal: ofrecernos la buena noticia de que, por fin, en su nombre, nos son perdonados los pecados.

12

Ya ha quedado aclarado cuál va a ser nuestro punto de partida y nuestro hilo conductor. Todo lo que hablemos sobre cómo Dios me perdona se referirá a aquél a través del cual nos llega el perdón: su Hijo, Jesucristo. Cada uno de los gestos y de los pasos conducentes al perdón aparecerán siempre relacionados con lo que Jesús dijo o hizo, o con lo que él quiso que se dijera y se hiciera en su nombre. Sólo así comprenderemos cosas tan difíciles de entender como la necesidad de la confesión para que Dios me perdone, o que este perdón me llegue por medio de un hombre que es tan pecador como yo.

Ahora, me vas a permitir unas breves palabras sobre mí mismo. Hablar hoy positivamente de la confesión no está de moda. Muy poca gente se confiesa, aunque bastante más de la que se cree; incluso muy pocos sacerdotes aparecen dispuestos a dedicar sus mayores esfuerzos en este terreno. Muchos lo consideran un tiempo perdido. Yo no lo creo así. La propia experiencia como penitente y como confesor me ha dado una visión diferente sobre esta cuestión.

La confesión, como cualquier otro tema relacionado con Dios, si quiere resultar creíble, sólo puede ser abordado desde la propia experiencia: que lo que dices lo hables

desde lo que vives. No se trata de exponer bellas teorías, sino de creer aquello que afirmas, porque así lo has experimentado en tu propia vida. Yo creo en el sacramento de la penitencia y en su fuerza curativa, porque he visto las maravillas que Dios ha obrado en mi propia vida y en la de otras muchas personas a través de él. Por eso dediqué mis primeros años de sacerdocio a su estudio, siendo éste el tema de mi tesis doctoral; por eso ocupa un lugar muy importante en mi vida personal y en mi ministerio sacerdotal; por eso acepté la invitación de José Pedro Manglano a escribir estas páginas con el fin de hacer comprensible algo que, como todas las cosas de Dios, parecen difíciles de entender y todavía más difíciles de vivir, cuando resulta todo lo contrario, pues tan sólo consiste en dejarse amar y perdonar por quien más te quiere. Desde esa profunda convicción están escritas estas páginas.

Un último apunte, necesario para entender la forma como aparece estructurada la obra. Podíamos haber elegido entre diferentes modos de hacerlo. Al director de la colección "Preguntas" y a mí nos pareció que el método más oportuno consistía en que los propios jóvenes, destinatarios preferentes de esta colección, formularan sus propias preguntas ante el tema del sacramento de la penitencia. Hicimos una especie de encuesta en diferentes ambientes donde ellos viven (unas clases, alguna residencia universitaria, algunos grupos parroquiales), para que ellos mismos nos dijeran cuáles eran los temas, las dudas y los problemas de los que esperaban una respuesta clarificadora. Esperemos que lo que les preocupaba a ellos, coincida también con lo que a ti te interesa. Entonces, el trabajo habrá merecido la pena. Que el Espíritu Santo nos otorgue su luz a todos; a unos para explicar, a otros para entender, y a todos para llevarlo a nuestras vidas.